

los puercos habian rehusado tomarla. El mendigo la arrojó á la cara del niño, y precipitándose en la rivera navega, hácia el otro lado del rio.

En esta época, la rivera de Cornouaille tenia muchas menos rocas y la de Leon estaba sembrada de las que sobran aquí. Habiendo llegado al otro lado el espíritu engañador, se dirige á una cabaña habitada por una pobre viuda. "Tengo mucha hambre, dijo ¿no tendreis piedad de mí?" La buena muger le considera un momento y se dice á sí misma: "Este es el enemigo de los hombres. Sin embargo, la ley de la caridad ordena hacer el bien aun á los mentirosos. ¿Qué seria de mí, si Dios me diera sus dones por mis méritos cuando soy tan pecadora?" Y despues de haber hecho la señal de la cruz, acoje cordialmente al pretendido indigente: vuelve á encender el fuego extinguido; coloca sobre la mesa lo mejor que tenia; en fin, sirvió á su huésped, con toda clase de atenciones y con una santa confianza.

¿Quién lo creyera? El ángel rebelde tuvo un buen instante." Quiero recompensarte, dijo á la muger, dadme á conocer lo que deseas.

— "Nuestras costas tienen muchas rocas, hay una en medio de mi campo y mil entre las tierras de mis vecinos. ¿No podreis arrancarlas y arrojarlas al mar?"

— "Las arrancaré, y poniéndose en obra, dijo al mendigo, las arrojaré todas á Cornouallais. Me

han dado leche agria, yo les daré cuajada de piedras."

"Y todas las rocas de la rivera derecha del Elorn cayeron como una granizada en la rivera izquierda donde se encuentran hoy."

"Esta historia nos divirtió é hicimos grandes elogios del niño por la manera graciosa con que la contó. Gozoso el tejedor por estos elogios: ¡Oh! dice, Pedro tiene inteligencia!" y prosiguió pasando la mano por la frente de su hijo último que estaba acostado en sus rodillas. Y sus hermanos son buenos, los quiero á todos, porque todos son mis hijos.

"Y Dios los protegerá," añade la madre, cubriéndolos de besos.

"Natividad se oculta de nosotros, para dejar las provisiones que llevaba, y el tejedor le promete volver á la obra en la semana siguiente. Comimos con esta buena familia. Nos faltaba la mesa, y nos sentamos en rueda sobre la tierra y no por esto la comida dejó de ser menos grata. En fin, despues de haber abrazado á los niños y deseádoles las bendiciones de Dios, dejamos esta pobre mansion, donde se encontraban reunidos los mejores bienes de la tierra y el primero de los dones celestiales, el amor y la resignacion."

"Al tomar nuestro camino solitario, no pude prescindir de decir á Andres, en voz baja: "Es

necesario estudiar la religion en la morada del pobre. Allí, no espanta nuestra inteligencia; podemos verla de frente sin vernos obligados á volver la vista; ella enfervoriza, anima y no deslumbra. Hermano mio, imitemos esos pequeños niños, no pueden fijar los ojos rectamente en el sol y le contemplan reflejado en un arroyuelo.

—“Lo miraré en tu corazon,” repuso Andres avivando el paso para reunirnos á nuestra compañera que iba delante de nosotros.

—“En verdad, dijo Natividad, no sé si debo compadecer á este hombre, el mas pobre y mas miserable de todos.

—Reserva tu piedad para los mas desgraciados que él, murmuró Andres con voz temblorosa. Este hombre tiene la felicidad de creer, y la fé le ofrece una eternidad de delicias, en cambio de algunas penas pasajeras. Ya en esta vida posee varios tesoros; una muger y sus hijos que él ama, y de quien es tiernamente amado. ¡Oh Natividad! yo soy mas digno de compasion, yo que estoy solo en esta aldea.

—“Deja la poblacion y vuélvete al Cabo, dijo Natividad, asiendo del brazo á mi hermano, no es necesario que seas desgraciado.

—¿“Tú me amas poco? repuso Andrés, pero tan bajo, que le escuché apenas.

—“Te amo mucho, respondió en voz alta Natividad con su sencillez ordinaria.

“Andrés se estremeció, y sin pronnciar una palabra, toma la mano de Natividad entre las suyas. Bajé los ojos, y un aire frio pasa por mi rostro.

“En seguida me reproché el haber dado á las palabras de Natividad un sentido que no tenían. Amaba á Andrés como á un hermano, nada mas. . . . ¿Quién me lo aseguraba?

“La noche siguiente, no pude dormir; me parecia que Andres estaba demasiado agitado y que no dormia nada: le oí suspirar muchas veces.

“Quince dias despues de nuestra visita á Job el tejedor, llegó el dia de San Juan. De todas las fiestas patronales que la piedad de nuestros padres llama *de perdones*, la del Precursor es la mas célebre en nuestra península.

“Despues de nuestra vuelta, Andres no habia llegado á asistir, porque la fiesta raramente cae en domingo. En esta vez no pudo resistir al deseo de verla; busca un pretexto plausible para obtener un permiso de sus gefes, y la víspera en la tarde, se encontraba con nosotros, preparando los fuegos de artificio en la cima de Roc-Nivélen. Los vecinos habian agregado á nuestras haces de giniesta, otras mayores de juncos, y el todo formaba una alta pirámide y en-

cima de ella una pértiga en que Natividad habia colocado una corona de flores. Ninguno de los habitantes de la aldea, situada á los pies de la roca, habia faltado á la cita. Allí se veia desde el pequeño niño que no conocia de la vida mas que la leche de su nodriza, hasta el anciano cuya inteligencia estaba ya decaida.

“El sol se habia ocultado detras de las laderas del Leon; un tinte ceruleo, esparcido por la campiña, anunciaba la proximidad de la noche, y agrupados al derredor de la hoguera, aguardábamos en silencio, con los ojos vueltos hácia el punto de la costa, donde la fiesta convidaba al dia siguiente. Allá, de improviso, una viva claridad se refleja en el Elorn; el primer castillo se acababa de encender.

“Entonces el decano de la poblacion de Roc-Nivélen, venerable octogenario que llevaba el nombre de santo, tomó una antorcha de paja inflamada, y la arrojó sobre nuestro edificio de leña y ginestas secas. Una manga roja y brillante se eleva remolineando en medio de las crestas de granito. Al mismo tiempo en toda la playa respondieron á la señal de alegría por medio de las hogueras. Se veian brillar como estrellas, del otro lado del antiguo fuerte de Jalamon, en el puente de Roscanvel y cerca de la abadía de San Mateo.

“Al rededor de la esplanada de Brest, no habia solamente estrellas fijas: se reproducian cla-

ridades errantes, uniéndose y dispersándose en los campos; llamas de brea, á las que manos invisibles imprimian un movimiento rápido formando círculos de luz; se lanzaban al cielo serpientes de fuego y caia una lluvia de estrellas.

“Las descargas de fusil, hechas por todas partes, y el ruido de las conchas marinas que servian para llamar á los pastores, daban aún á esta fiesta piadosa y estraña, un efecto maravilloso.

“La hoguera se habia consumido, y no quedaba de nuestra lumbrera mas que carbonos encendidos. Nos pusimos de rodillas al derredor de estos despojos, y mi padre rezó las oraciones en accion de gracias. Todos los santos fueron invocados, todos los difuntos tuvieron un recuerdo. Andres, de rodillas entre mi hermana y yo, respondia con nosotros á las oraciones.

“Luego que terminó el rezo, dimos la vuelta procesionalmente al derredor del fuego, pasando entre las brasas la yerba preservadora y despues que los labradores se repartieron los tizones benditos y la ceniza apagada, dejamos á los habitantes de Roc-Nivélen y descendimos al Cabo.

“¿Andres era realmente incrédulo?

“Yo no podia creerlo. Lleno de imaginacion y de sensibilidad, habia nacido para la fé, y la fé

mas viva. Por desgracia él creía que la duda, si no la impiedad, era la marca distintiva de un espíritu superior. Había empezado por ceder al orgullo, y la indolencia había hecho lo demás.

“El enemigo se deslizaba en su vida y la carcomía interiormente. Como un gran número de los jóvenes de la época, Andres se había fatigado antes del trabajo. Hubiera sido cristiano ferviente, si para esto no fueran necesarios la lucha y el esfuerzo contra su naturaleza perezosa y desencantada. Se hubiera dicho que era un hombre acostado al borde de la mar y rendido por el sueño, que con un ojo entreabierto ve subir la marea, las olas bañan sus pies, mojan sus rodillas y siente que lo van á sepultar por completo. . . . Hace un ligero movimiento para levantarse y huir, pero la dejadez le embarga, su cabeza vuelve á caer y se duerme de nuevo.

“Mi hermano se encontraba entónces atacado de esos movimientos del hombre que pierde.

“Entrando conmigo á nuestra habitacion del Cabo, me dijo con una voz conmovida:

—“Adrian, he orado delante de esa hoguera, como no lo había hecho nunca desde mi infancia. No quiero vivir mas en la ciudad; la religion es fria entre los muros de esas Iglesias donde los hombres hablan en voz alta, se pasean, mientras que las mujeres hacen ostentacion de sus adornos, y miran á todas partes.

“Habitareé aún aquí y al volver contigo á la capilla del Passage, á la iglesia de la parroquia, al altar de San Juan Bautista encontrareé mis creencias donde las he dejado.

“Estas palabras me colmaron de alegría y abracé á mi hermano. ¡Ah! pero osaré decir que á este gozo se mezclaba una inquietud secreta. Natividad no era mas que una simple aldeana; á la franqueza de su lenguaje, á su candor natural, á las supersticiones populares, esta poesia de las almas sencillas, reunia muchas ventajas que no pertenecian sino á las mujeres de la ciudad. ¿Soportaré que una funesta rivalidad, se establezca alguna vez entre mi hermano de leche y yo? Este pensamiento me espantaba y procuraba arrancarlo de mi espíritu.

“A la mañana siguiente el dia aparecia apenas por entre las rendijas de nuestra puerta, cuando estábamos ya levantados. Andres abrió el viejo baul de donde sus vestidos de Plougastel no habian salido desde hacia dos años, y se puso á contemplarlos, en tanto que yo me vestia junto á la ventana. Escogí entre mis trajes aquellos que convenian á la fiesta, sin ocuparme de lo que hacia mi hermano; en esto dió un grito que me hizo voltear la cabeza. Se habia puesto como yo, su largo pantalon de lienzo blanco, los chalecos eran de distinto color, y tomó uno verde que completaba su traje breton. Entre los recuerdos de los fuegos de la ciudad y la esperanza de los placeres de la fiesta del *perdon*, no

habia podido resistir al imperio del traje nacional. Reia de mi admiracion y agitaba su gran sombrero guarnecido de felpilla matizada; silvaba un aire del pais y ensayaba una de nuestras danzas; yo no lo reconocia ya: el traje de la aldea habia producido en él, el efecto de un talisman.

“La gruesa voz de Mazé-Kervella nos anuncia que es tiempo ya de ponernos en camino. Salimos á su llamado; Andres se ocultaba detras de mi para sorprender á Natividad y á su padre, y cuando él se adelantó violentamente delante de ellos, nuestra hermana deja escapar una exclamacion de placer. El serio Mazé tambien hizo un movimiento de sorpresa y de satisfaccion.

—“¡Bien, jóven, dijo, muy bien! despreciar el traje de sus padres, es ó de un orgulloso ó de un loco.

“Creí, ver nuestra pequeña caravana disponerse convenientemente y ponerse alegre en camino. Segun su costumbre, Natividad marchaba por delante, saltando en la arena. Jamas me habia parecido tan hermosa; jamas habia admirado tanto el traje tan pintoresco de las hijas de nuestra parroquia. ¡Pobre hermana querida!....

“¡Oh! voy á pintarla como mi memoria la recuerda, con su zagalejo pardo bordado de amarillo, su delantal rayado, su doble corsé carmesí

y escarlata.... Sus mangas violetas se alzaban mas arriba del codo para dejar ver otras mas estrechas de dos colores diferentes. Un pequeño pañuelo de finísima lana rodeaba su cuello, donde flotaba una cinta roja, y el sombrero del pais como una mariposa blanca batia sus alas sobre su cabeza. Habia tenido cuidado de no olvidar el anillo del *perdon*, una sortija de plata reluciente que tenia placer de hacer brillar en su dedo. Marchaba con la canasta debajo del brazo, una varita de acebo en la mano; engalanada y hermosa como los recuerdos de la juventud, ligera como todas nuestras esperanzas.

“A lo largo del sendero de la playa, delante y detras de nosotros muchas familias se dirigian hácia la capilla. Del gran camino del Passage á la ciudad, de todos los caminos sembrados de acebos y de blanca espina, á travez de los campos de fresas ó de lino en flor, acudian bandadas de jóvenes de ambos sexos. Tropas de niños, llevando jaulas llenas de gilgueros, pardi-llas, grajos y tórtolas, se apresuraban á tomar un buen lugar para la feria de los pájaros que sigue despues de la primera misa. Un ruido confuso, que no era aún la fiesta, pero que la hacia presentir, se elevaba en la rivera. Admiramos la mar cubierta de un humo blanco, de un vapor trasparente donde el sol brillaba ya.

“Vosotros habeis asistido, sin duda, á las reuniones ó *perdone*s de nuestra península, sabeis como, entre estos *perdone*s, el de San Juan tiene el

privilegio de atraer mas la multitud. Desde en la mañana, en la ensenada de Camyront, las embarcaciones de pasaje no pueden soportar á los paseadores; ligeras canoas adornadas con tapices azules y sembradas de áncoras rojas, se llenaban de oficiales de la marina, y damas elegantes despeinandose en la rivera de Elorn, llevadas por mil vueltas. Con menos velocidad, bajo sus velas de tela roja las barcas pescadoras se dirigieron al mismo punto. Otras barcas desprendidas del puerto de Landerneau, se juntan en fila, como una tropa de canarios silvestres, y de súbito en el lugar de la llegada, sobre la roca, cerca de la cual se detiene, una multitud de coquetas artesanas se lanzan en medio de las risas y los trasportes de una loca alegría. Entanto las forasteras agitaban sus remos de sauco, sus sombreros, sus bastones, sus joyas de estaño y de cobre. Bajo las encinas que rodean la capilla, los pequeños panes blancos, los pasteles de mantequilla, las fresas blancas y rojas forman un conjunto tentador. A la sombra de tiendas hechas de velas de buques, estaban colocadas mesas que se llenaban de viandas. Por todas partes se improvisaban fogones. Por todas partes, la pasta de harina ó de trigo negro, se redondea y se dora en la ardiente caldera. Cade uno tiene su ocupacion; apoyado en su barrica, el tabernero atraia á sus bebedores á su mostrador colocado al aire libre; los menestrales inflan el cuero á la voz sorda y grave y hacen correr los dedos sobre el clarinete. Los jóvenes juegan á la cabra, lanzan la pelota y hacen voltear la rue-

da de la fortuna sobre la mesa pintada, donde su ambicion se apega á algun hermoso cuchillo; las jóvenes, tomando entre sus manos una nuez cuya cáscara ha sido probada, se juntan entre sí y golpeándose una con otra estas nueces la mas frágil pertenece á la que la ha roto; los mendigos sentados en el mercado del calvario, se quejaban ó prorrumpian en oraciones monótonas; los peregrinos encendian leña delante del altar, despues de haber pasado por los ojos una lente encasquillada en plata y unida por una cinta á una pequeña estatua de San Juan Bautista; algunos se arrastran de rodillas al rededor de los muros benditos. Mil trajes aldeanos se cruzan, se agrupan y se dispersan: se descansa, se va ó se viene; se corre sobre la yerba, se entablan conversaciones, se forman danzas, y el dia se pasa en medio de torbellinos de polvo, en una confusa y armoniosa mezcla.

“Muchos hombres se quejan de no haber encontrado jamas el placer. En el campo, en una fiesta de aldea, es donde se le encuentra sin buscarlo. Si tuviera necesidad de pintar el placer, le daria los vestidos de Plougastel; le sentaria sobre la tierra de San Juan á la sombra de una robusta encina; le rodearia de Mazé-Kervella, de Andrés, de Natividad y de una multitud de hombres y mugeres de mi parroquia, y en un pañuelo retenido sobre la yerba por cuatro piedras de la ribera, colocaria delante de él un pedazo de pan blanco y unas fresas.

"Andres gozaba como yo con esta fiesta campestre. Recorriamos los hermosos bosques de Cosquer que dominaban la capilla y en donde las barreras abiertas invitaban á entrar á los paseadores. En todas partes, entre las rocas, bajo los floridos matorrales, se sentaban las familias en rededor, y aprovechándose de la hospitalidad ofrecida por la amable y graciosa dama de la morada, tomaban con alegría su alimento agreste.

"Cuando nos paseábamos en esta encantadora campiña, sobre un otero que daba frente al gran campo de Kerrudu, Andres aprovechó un momento en que Mazé no podia oírle, y nos recordó la vuelta de la Fuente Blanca, diciendo á Natividad: Regocíjate si es cierto que me amas; no quiero ya abandonar el Cabo. Suplicaré á nuestro padre que me enseñe su oficio y que me conserve en su compañía." Natividad pareció contenta de esta resolución; queria desde luego decírselo á su padre. La penosa duda que habia ya probado mi corazón, penetra todavía mas en él. Creí sentir en mí el veneno de las víboras. Estaba zeloso.

"Sí, este amor que exaltaba en mí los sentimientos generosos, y de que estaba cerca de enorgulleserme delante de Dios mismo, debia tambien enseñarme que hay siempre en el hombre un escondrijo para el mal.

"Disimulaba con trabajo el mal que me agobiaba; me puse triste y mi imaginacion se separó

de la fiesta. En vano asistimos á las últimas ceremonias religiosas; en vano á mis pies y en la arena, se arrodillaban al rededor de la fuente sagrada y vueltas hácia las embarcaciones, parecian invocar á la mar; en vano delante de mí, sentados sobre manojos de paja, al son del Obué y de la gaita Bretona, la música llamaba á la danza la juventud; no oía nada, nada veía. Fiel á las graves costumbres de nuestra parroquia, Natividad no se mecia en los placeres de las hijas de Dirnon, de Loperet y de Daoulas; pero sentada sobre el muro de separacion, se divertia con los saltos y las caprichosas evoluciones de la cadena animada que un jóven marinero, con el sombrero adornado con cintas y con un gran ramo en el ojal, traía consigo colocada en la extremidad del pié.

"Seguia gozosa con los ojos esta cadena que volteaba y revoloteaba sobre sí mismo semejante á una larga serpiente de multiplicados anillos. Las mas veces ella me dirigia sobre tal ó cual danzante, una seña que yo no comprendia y á la que correspondia al acaso. Admirada de mi singular distraccion, fatigada por no obtener de mí sino palabras incoherentes, me dirige la palabra mas que á mi hermano. Entonces creí volverme loco; fingí una indisposicion súbita, y pretextando cansancio, huí de mi familia que queria acompañarme, y llegué solo á la casa del Cabo.

"¡Amistades de la tierra, cuán poco valeis!